

Keith Lowe

Prisioneros de la historia



Galaxia Gutenberg

KEITH LOWE

Prisioneros de la historia

Monumentos y Segunda Guerra Mundial

Traducción de
Victoria Eugenia Gordo del Rey

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de María Cifuentes

Título de la edición original: *Prisoners of History. What Monuments to the Second World War Tell Us about our History and ourselves*

Traducción del inglés: Victoria Eugenia Gordo del Rey

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2021

© Keith Lowe, 2020
© de la traducción: Victoria Eugenia Gordo del Rey, 2021
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 11772-2021
ISBN: 978-84-18807-13-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)



Para Creo

Índice

Mapas	12
Introducción	17

Primera parte HÉROES

1. Rusia: La Madre Patria Te Llama, Volgogrado	27
2. Rusia y Polonia: Monumento de los Cuatro Durmientes, Varsovia	37
3. Estados Unidos: Monumento al Cuerpo de Infantería de Marina, Arlington, Virginia	45
4. Estados Unidos y Filipinas: Monumento Conmemorativo del Desembarco de Douglas MacArthur, Leyte	55
5. Reino Unido: Monumento al Mando de Bombarderos, Londres	67
6. Italia: Monumento a los Caídos, Bolonia	79
Coda: el fin del heroísmo	89

Segunda parte MÁRTIRES

7. Países Bajos: Monumento Nacional, Ámsterdam	97
8. China: Monumento a las Víctimas de la Masacre de Nankín	107
9. Corea del Sur: Estatua de la Paz, Seúl	119

10. Estados Unidos y Polonia: Monumento en Memoria de la Masacre de Katyn, Jersey City	129
11. Hungría: Monumento a las Víctimas de la Ocupación Alemana, Budapest.	139
12. Polonia: Auschwitz.	149

Tercera parte MONSTRUOS

13. Eslovenia: Monumento a las Víctimas de Todas las Guerras, Liubliana	167
14. Japón: santuario Yasukuni, Tokio.	181
15. Italia: tumba de Mussolini, Predappio	191
16. Alemania: el búnker de Hitler y la Topografía del Terror, Berlín.	201
17. Lituania: Estatua de Stalin, parque Grūtas	209
Conclusión: el valor de los monstruos.	219

Cuarta parte APOCALIPSIS

18. Francia: Oradour-sur-Glane	227
19. Alemania: Monumento a los Judíos de Europa Asesinados, Berlín	235
20. Alemania: Monumento a las Víctimas del Bombardeo, Hamburgo	249
21. Japón: Cúpula de la Bomba Atómica, Hiroshima, y Estatua de la Paz, Nagasaki	257

Quinta parte RENACIMIENTO

22. Naciones Unidas: mural del salón del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, Nueva York.	275
--	-----

23. Israel: balcón de Yad Vashem, Jerusalén	287
24. Reino Unido: la catedral de Coventry y la Cruz de Clavos	297
25. Unión Europea: Ruta de la Liberación de Europa.	309
Conclusión	317
Bibliografía	325
Agradecimientos	331
Procedencia de las ilustraciones	333



Mar del Norte

REINO UNIDO

Catedral de Coventry

Monumento al Mando de Bombardeiros, Londres

Monumento a las Víctimas del Bombardeo, Hamburgo

Monumento Nacional, Amsterdam

ALEMANIA

Búnker de Hitler y Topografía del Terror / Monumento a los Judíos de Europa Asesinados, Berlín

FRANCIA

Oradour-sur-Glane

Monumento a las Víctimas de Todas las Guerras, Liubliana

Monumento a los Caídos, Bolonia

ESPAÑA

Tumba de Mussolini, Predappio

ITALIA

Mar Mediterráneo



R U S I A

LITUANIA

Estatua de Stalin, Parque Grūtas

Monumento de los Cuatro Durmientes, Varsovia

POLONIA

Auschwitz

Monumento a las Víctimas de la Ocupación Alemana, Budapest

HUNGRIA

UCRANIA

La Madre Patria Te Llama, Volgogrado

SIRIA

LÍBANO

Mar Mediterráneo

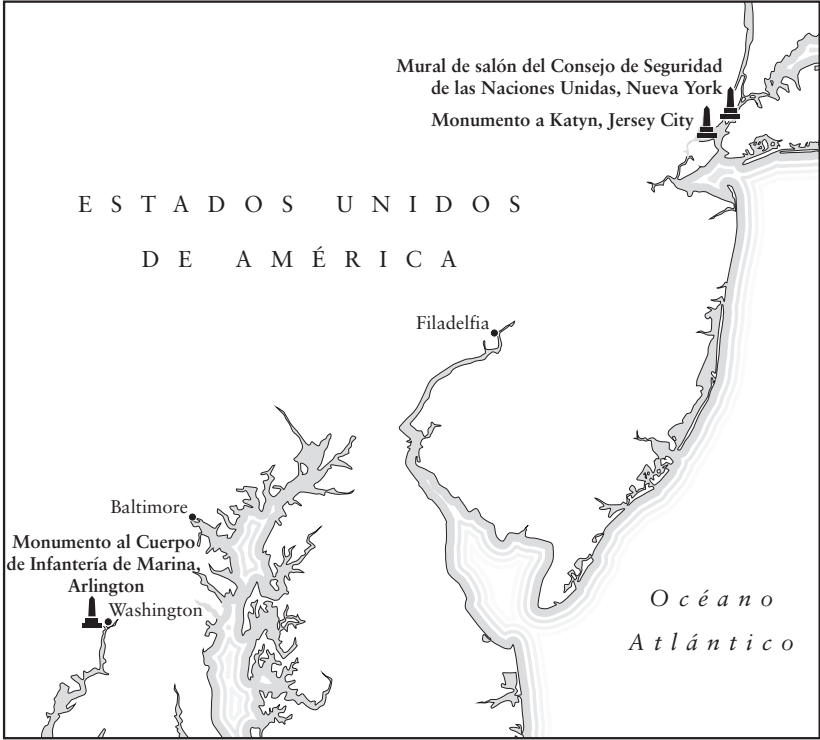
Yad Vashem, Jerusalén

JORDANIA

ISRAEL

EGIPTO





Introducción

En el verano de 2017, algunos legisladores de Estados Unidos empezaron a retirar las estatuas de héroes confederados que se hallaban en calles y plazas frente a edificios públicos. Figuras del siglo XIX como Robert E. Lee y Jefferson Davis, que había luchado por el derecho a tener esclavos negros, dejaron de ser considerados modelos adecuados para los estadounidenses del siglo XXI, por lo que empezaron a ser derruidas. Por todo Estados Unidos, en medio de un coro de protestas y contraprotestas, un monumento tras otro fue cayendo.

Lo que ocurría en América no tenía nada de único: en todas partes se estaban derribando también otros monumentos. En 2015, a raíz de la retirada de una estatua de Cecil Rhodes del campus de la Universidad de Ciudad del Cabo, se produjeron llamamientos a la eliminación de todos los símbolos del colonialismo en Sudáfrica. En poco tiempo, la campaña «*Rhodes Must Fall*» [«Rhodes debe caer»] se extendió a otros países del mundo, incluido el Reino Unido, Alemania y Canadá. El mismo año, algunos fundamentalistas comenzaron a destruir cientos de estatuas antiguas en Siria y en Irak, alegando que fomentaban la idolatría. Mientras, los gobiernos nacionales de Polonia y Ucrania anunciaron la retirada total de todos los monumentos al comunismo. Una oleada de iconoclastia se extendía por el mundo entero.

Yo observaba todos estos acontecimientos con gran fascinación, pero también con cierta incredulidad. En las décadas de 1970 y 1980 este tipo de hechos habrían sido impensables. En cualquier lugar, los monumentos eran considerados mero mobiliario urbano: lugares idóneos para quedar con alguien o pasar el rato, pero pocos

les prestaban atención en sí mismos. Algunas eran estatuas de hombres mayores ya olvidados, que a menudo llevaban sombreros extraños y bigotes absurdos; otros eran formas abstractas construidas con hormigón o acero; pero, en ambos casos, en realidad no las entendíamos. No tenía sentido hacer llamamientos a su retirada, porque a la mayoría de la gente no le importaban lo bastante para armar el más mínimo jaleo por ello. Pero en los últimos años, los objetos que entonces eran casi invisibles de pronto se han convertido en centro de atención. Algo importante parece haber cambiado.

Al mismo tiempo que algunos de nuestros viejos monumentos se echan abajo, continuamos construyendo otros nuevos. En 2003, el derribo de la estatua de Sadam Husein en el centro de Bagdad se convirtió en una de las imágenes emblemáticas de la guerra de Irak. Pero a los dos años de la destrucción de la estatua, un nuevo monumento había venido a sustituirla: una escultura de una familia iraquí sosteniendo en alto la luna y el sol. Para los artistas que lo diseñaron, el monumento representaba las esperanzas de Irak de una nueva sociedad caracterizada por la paz y la libertad, unas esperanzas que casi inmediatamente después se quebraron ante una renovada ola de corrupción, extremismo y violencia.

Por todo el mundo se están produciendo cambios similares. En Estados Unidos, las estatuas de Robert E. Lee están siendo gradualmente sustituidas por monumentos a Rosa Parks o a Martin Luther King. En Sudáfrica, las estatuas de Cecil Rhodes han sido derruidas, erigiéndose en su lugar monumentos a Nelson Mandela. En Europa del Este, las estatuas de Lenin y Marx dieron paso a representaciones de Tomáš Masaryk, Józef Piłsudski y otros héroes nacionalistas.

Algunos de nuestros monumentos más nuevos son verdaderamente enormes en cuanto a tamaño, especialmente en algunos lugares de Asia. A finales de 2018, por ejemplo, India inauguró una nueva estatua de Sardar Vallabhbhai Patel, una importante figura del movimiento de independencia de la nación durante la década de 1930 y 1940. Con 182 metros de altura, es en la actualidad la estatua más alta del mundo. Crear estructuras tan gigantescas, de un coste tan enorme, requiere un increíble nivel de autoconfianza. No se trata de estructuras temporales: han sido diseñadas para durar

cientos de años. Y, sin embargo, ¿quién nos asegura que les irá mejor que a las estatuas de Lenin o Rhodes o cualquiera del resto de personajes que en un momento dado parecían tan permanentes?

En mi opinión son varias cosas las que a la vez concurren en este punto. Los monumentos reflejan nuestros valores, y todas las sociedades se engañan pensando que estos valores son eternos: esta es la razón por la que convertimos dichos valores en piedra y los colocamos sobre un pedestal. Pero, cuando el mundo cambia, nuestros monumentos —y los valores que representan— quedan congelados en el tiempo. El mundo actual está cambiando a un ritmo sin precedentes, y los monumentos erigidos hace décadas, o incluso siglos, ya no representan los valores que hoy apreciamos.

Los debates que actualmente tienen lugar sobre nuestros monumentos casi siempre tratan de la identidad. En los días en los que el mundo estaba dominado por hombres ancianos de raza blanca, tenía sentido levantar estatuas en su honor; pero en el mundo de hoy, caracterizado por el multiculturalismo y una mayor igualdad de género, no resulta sorprendente que la población esté empezando a hacerse preguntas. ¿Dónde están todas las estatuas de mujeres? En un país como Sudáfrica, con una población mayoritariamente negra, ¿por qué debería haber tantas estatuas de europeos blancos? En Estados Unidos, cuya población es de las más diversas del planeta, ¿por qué esta diversidad no goza de mayor presencia en sus lugares públicos?

No obstante, tras estos debates subyace algo aún más fundamental: al parecer no somos capaces de decidirnos sobre cuál es el papel que nuestra historia comunitaria debería desempeñar en nuestras vidas. Por un lado, vemos la historia como el firme cimiento sobre el que se ha construido nuestro mundo. La imaginamos como una fuerza benigna que nos ofrece oportunidades para aprender del pasado y progresar en nuestro futuro. La historia es la base misma de nuestra identidad. Pero, por otra parte, la vemos como una fuerza que nos atrofia, haciéndonos rehenes de siglos de una tradición que se ha quedado obsoleta, que nos conduce por los viejos caminos de siempre, que nos lleva a cometer los mismos errores una y otra vez. De este modo, se convierte en una trampa, de la que parece imposible escapar.

Esta es la paradoja que yace en el corazón de nuestra sociedad. Cada generación desea liberarse de la tiranía de la historia; y, sin embargo, cada generación sabe, instintivamente, que sin ella no es nada, porque la historia y la identidad se encuentran estrechamente entrelazadas.

Este libro trata de nuestros monumentos y de lo que estos realmente nos cuentan acerca de nuestra historia y nuestra identidad. He escogido veinticinco monumentos conmemorativos de todo el mundo que cuentan algo importante sobre las sociedades que los han levantado. Algunos de estos monumentos constituyen actualmente atracciones turísticas de masas: millones de personas los visitan cada año. Todos ellos suscitan controversia. Todos cuentan una historia. Algunos tratan deliberadamente de ocultar más de lo que muestran, pero, al hacerlo, acaban por revelarnos más de nosotros mismos de lo que nunca hubieran pretendido. Mi principal propósito es demostrar que ninguno de estos monumentos trata en realidad del pasado: más bien son una expresión de una historia que todavía hoy sigue viva, y que continúa gobernando nuestras vidas, lo queramos o no.

Todos los monumentos que he elegido están dedicados a un mismo periodo de nuestro pasado común: la Segunda Guerra Mundial. Existen muchas razones para ello, pero la más importante es que, de todos nuestros monumentos conmemorativos, estos son los únicos que parecen haber evitado la presente tendencia a la iconoclasia. Dicho de otro modo, estos monumentos continúan transmitiéndonos cosas sobre quiénes somos, algo que muchos de los otros monumentos ya no hacen.

En los últimos años se han derribado muy pocos monumentos de guerra. De hecho, ha ocurrido más bien lo contrario: estamos construyendo nuevos monumentos de guerra a un ritmo sin precedentes. Y no solo en Europa y América, sino también en países asiáticos como Filipinas y China. ¿A qué se debe esto? No es que los que fueron nuestros líderes durante la guerra sean menos controvertidos que algunas de las figuras cuyas estatuas han sido recientemente derruidas. Los líderes británicos y franceses eran tan

campeones del colonialismo como lo pudo llegar a ser Cecil Rhodes; los líderes estadounidenses seguían ostentando la jefatura de un ejército racialmente segregado; y los soldados de las fuerzas aliadas, cometiendo actos que hoy en día serían considerados crímenes de guerra. Sus actitudes hacia las mujeres tampoco fueron siempre afortunadas. Una de nuestras imágenes más famosas del final de la guerra, la icónica fotografía de la portada de la revista *Life* de un marinero besando a una enfermera en Times Square, Nueva York, celebra lo que hoy sabemos que constituye un acto de agresión sexual. Nuestra memoria colectiva de la Segunda Guerra Mundial parece pasar por alto estas cuestiones de una forma que nuestra memoria sobre otros periodos no puede hacerlo.

A fin de llegar al fondo de estos temas, he dividido nuestros monumentos de la Segunda Guerra Mundial en cinco amplias categorías. En la primera parte del libro dirijo la mirada a algunos de nuestros más famosos monumentos a los héroes de guerra. Me gustaría demostrar cómo dichos monumentos son los más vulnerables de todos los conmemorativos de la Segunda Guerra Mundial y los únicos que muestran alguna señal de haber sido tratados de derribar o retirar. La segunda parte explora nuestros monumentos a los mártires de la guerra, y la tercera aborda algunos de los espacios conmemorativos construidos en honor de los principales villanos de la guerra. La interacción entre estas tres categorías es tan importante como cada una de las categorías: los héroes no pueden existir sin los villanos, ni tampoco los mártires. En la cuarta parte se describen los monumentos que representan la destrucción apocalíptica de la guerra; y en la quinta parte me ocupo de algunos dedicados al renacimiento que vino después. Estas cinco categorías se reflejan y se refuerzan entre sí. Han creado una especie de marco mitológico que las protege de la iconoclastia que ha ido arrasando otras partes de nuestra memoria colectiva.

He tratado de incluir una amplia variedad de monumentos, con la intención de representar la gran diversidad de lugares que se han utilizado para guardar los recuerdos del pasado. Así que describiré no solo estatuas figurativas y esculturas abstractas, sino también santuarios, tumbas, ruinas, murales, parques y elementos arquitectónicos. Algunos de los monumentos que he elegido fueron creados

en el periodo inmediatamente posterior a la guerra, mientras que otros son mucho más recientes –de hecho, varios continúan en construcción mientras escribo estas líneas–. Algunos tienen un profundo sentido local, mientras que en otros el significado es nacional o incluso internacional. He intentado incluir monumentos de muy diferentes partes del mundo –como, por ejemplo, de Israel, China y Filipinas, así como del Reino Unido, Rusia y Estados Unidos–.

Escribir acerca de un periodo que todo el mundo conoce –o, al menos, cree conocer– tiene grandes ventajas. La Segunda Guerra Mundial afectó a todos los rincones del planeta, y la mayoría de las naciones del mundo lo conmemoran de una u otra forma. Es un gran igualador cultural. Y, no obstante, como pronto quedará evidenciado en este libro, la guerra se recuerda de maneras enormemente distintas en diferentes naciones. ¿Qué mejor manera de entender estas diferencias entre nosotros y nuestros vecinos que confrontar nuestras distintas y discrepantes visiones sobre lo que siempre hemos considerado una experiencia compartida?

Por último, me he concentrado en los monumentos de la Segunda Guerra Mundial simplemente por su calidad. En ocasiones tendemos a pensar en los monumentos como algo sólido, gris y aburrido, pero las esculturas que se muestran en este libro son algunas de las obras más dramáticas y emotivas del arte público en todo el mundo. Bajo la mole de granito o de bronce encontramos una mezcla de todo lo que nos hace ser quienes somos –poder, gloria, valentía, temor, opresión, grandeza, esperanza, amor y pérdida–.

Celebramos estas y otras mil cualidades con la esperanza de que ellas pueden liberarnos de la tiranía del pasado. Y, sin embargo, debido a nuestro deseo de inmortalizarlas en piedra, acaban inevitablemente expresando las mismas fuerzas que siguen manteniéndonos prisioneros de nuestra historia.